

cados á las ginecopatías, habrán tenido ocasión de observar casos semejantes. Habrán observado los múltiples desastres que en la mujer produce el estudio excesivo (desequilibrios, trastornos de las funciones sexuales), y que el concepto de lo «excesivo» es mucho más limitado tratándose de la mujer que tratándose del hombre; es decir, que un trabajo intelectual que el hombre soporta sin inconveniente alguno, produce en la mujer trastornos funcionales, á veces de bastante consideración.

La torcida educación que llevan gran parte de nuestras mujeres, sobre todo las de las clases altas de la sociedad, es un factor causal de desarreglos corporales y desequilibrios psíquicos. La mujer no sigue su verdadero camino, el camino para el que su organización está conformada; deseosa de equipararse al hombre, no se hace cargo que violenta su espíritu y hace padecer sus entrañas; ciega, ineducada biológicamente, se esfuerza en alcanzar lo que le está prohibido por un decreto de la madre Naturaleza. Tuerce su destino, violenta su organismo, dedicándose á trabajos para los que no fué hecha, en perjuicio de otras sagradas funciones que tiene que llenar en el mundo. ¡Y aun hay hombres que la ayuden en su tarea!

Por culpa de Eva, á quien el Altísimo castigó por paladear el fruto del árbol prohibido, su descendencia lleva impresa en la frente la marca del trabajo y del dolor; y por culpa de nuestras Evas

de hoy, que pretenden alcanzar el fruto de un árbol también vedado, la Naturaleza castiga (permítase esta expresión antropomórfica) en sus descendientes los pecados por ellas cometidos.

Puede decirse que en la sociedad se han diferenciado dos tendencias defensivas, representada una por la inteligencia del macho y la otra por la fecundidad de la hembra. El macho, con su cerebro, es el defensor activo, el inventor, el descubridor, el que hace más llevadera y dulce la vida, gracias al botín que arranca á la Naturaleza en el combate que contra ella sostiene; y la hembra, con su organización subordinada al supremo fin de concebir y albergar en sus entrañas las futuras existencias, que vendrán á reemplazar á los luchadores fenecidos, es el resorte sostenedor de la especie. Quizá pudiera decirse que el macho defiende *en el espacio* y la hembra *en el tiempo*.

VII

Es cuento, pero pudiera ser historia

I

Un vaho tibio, emanado de muchos pechos que respiraban á un ritmo, subía hasta la cúpula de cristal de la sala, y al vaho flotante en la atmósfera se mezclaba un aroma indefinible de mil perfumes mezclados, perfumes de rosa, de violeta, de piel de España, de cosméticos, de cremas exquisitas...

Á la luz de innúmeras bombillas eléctricas, brillaban las sedas, las cintas, los terciopelos cromados de las damas, y las facetas talladas en la pedrería, incrustada y montada en alhajas de oro, despedían destellos de iris, fugitivos, chispeantes, como destellos de insectos voladores, de élitros policromos, bañados por luz solar. Relucían con resplandor céreo las calvas de los sabios y de los hombres de negocios, y las negras y las doradas guedejas de artistas reflejaban brillos de ébano y de oro.

Aquella noche la concurrencia era extraordinaria. El salón de actos del Ateneo estaba repleto de gente, deseosa de escuchar la anunciada disertación.

—¿Quién es ese señor Blume que diserta hoy?

Esta pregunta se hacia en todas partes de la sala. Nadie conocía al señor Blume, un joven médico recién llegado á la urbe.

—¿Quién es ese doctorcillo que nos divertirá esta noche?

Y los que presumían de mejor enterados, respondían:

—Lo ignoro. Sólo sé que es un doctor á punto de hacerse célebre; un doctor, según dicen, joven y guapo, que acaba de llegar de la patria de Schiller.

Un grupo de damas charlaba en la antesala.

—¡Pobre doctor! ¿Acaso nos querrá convencer de que nosotras para nada servimos?... Seguramente es un pobre loco á quien no había que hacer gran caso.

Una de las damas se acercó á la puerta de la sala de actos, examinó su aspecto y se apresuró á traer la noticia.

—Jamás he visto tantísima gente congregada para escuchar una disertación. Apenas si hay sitio...

Y dirigiéndose á una joven que formaba parte del grupo, interrogó:

—¿Qué le parece á usted, Dora?

Dora era una joven venustísima. Tenía los cabellos rubios, de matiz de oro viejo; en el ciclopión azulino de sus grandes ojos se engarzaban unos iris cianedos; las cejas, ligerísimamente arqueadas y afiladas en los extremos; sus labios, rojo pálidos, suavemente entreabiertos, dejaban ver el borde de dos filas de dientes finos, diminutos, albúreos, con un matiz imperceptible de añil. La figura de Dora era grácil; el perfil de su rostro, casi griego; su cutis, nacarino.

Dora vestía un gabán de legítima piel de nutria y una saya de paño, obscura, de color de ocre. Un sombrero elegante y sencillo coronaba su linda cabecita.

—¿Que qué me parece?... Ciertamente, nada. He oído hablar del señor Blume y hasta creo haberlo visto una vez en un Congreso científico al que asistí en compañía de mi padre. El Congreso se celebraba en una ciudad alemana y nuestro doctor expuso entonces una serie de descubrimientos que había realizado. Entonces obtuvo, según tengo entendido, un éxito muy lisonjero.

—¿Nada más sabe usted de ese señor?—preguntó la señora que se dirigiera á la venusta joven.

—Nada más—respondió Dora.

—Y si nadie conoce los méritos del doctor Blume, ¿qué hada le protege? Porque, según dijo nuestra amiga, el salón está lleno de gente.

—¿Acaso le parece á usted que no vale la pena de asistir á una confereneia sobre «La mentalidad

de la mujer?» ¿No tiene presente, además, que el señor Blume viene aquí con el propósito de demostrar con argumentos biológicos que la inteligencia femenina no puede traspasar jamás el lindero que demarca el huerto del talento del jardín de la genialidad?... Esto, señora, es un motivo más que suficiente para atraer una concurrencia extraordinaria.

—Tiene razón Dora—asintió la dama que momentos antes había visto el aspecto del salón—. Y la prueba de ello está en que es asombroso el número de señoras que hay en la sala.

—¡Oh, no!—exclamó, rabiosa, otra de las damas que formaban corro—. Auguro un fracaso al conferenciante, un fracaso justo; porque, ¿es posible que ese pobre loco venga á sostener semejantes herejías?... ¿Conque nosotras, las mujeres, no llegamos, no podemos llegar á la categoría de «genios»?... ¡Ignorante!... ¿Y mi labor de toda la vida?... ¿Y Santa Teresa? ¿Y Jorge Sand? ¿Y Sarah Bernhardt?...

Tomó aliento, y continuó:

—Y usted, Dora, ¿no está también para demostrar la falsedad de esas estúpidas pretensiones de ese señor... Blume; usted, que publicó ya dos excelentes obras, y que goza en el mundo científico fama de ser una de las más sabias sondeadoras de los secretos de la vida?

La señora que así hablaba, era una dama «célebre». Autora de varias novelas y colaboradora

en algunos periódicos diarios y semanales, lograra ceñirse una corona de laurel; pero sus libros, aunque elogiados por la mayoría de críticos, merecieron la protesta de algunos analistas, más justos que galantes. Uno de ellos había escrito en cierta ocasión: «Á los libros de Sofía Bax se les trata como á su autora: se les tributan alabanzas, se les galantea, porque son libros de una mujer. Pero esos mismos libros, gestados y dados á luz por un hombre, serian repudiados como insignificantes.»

Una actriz, muy en boga por su belleza y por su talento, protestó también contra *lo que iba á decir aquella noche* el disertante.

—¡Estúpido!... Por lo visto, el destino de la mujer es cuidar de que no se extinga la especie... ¡Habrás visto semejante blasfemia!

Un ruido de campanilleo sonó en la sala.

Las damas que esperaban en la antesala se apresuraron á entrar en el salón de actos. Caminaron por uno de los pasillos laterales, y se acomodaron en los asientos que se les había reservado en primera fila.

El presidente presentó en un breve discurso al doctor Leo Blume. Con palabra trabajosa y lenta, de anciano, refirió los méritos contraídos por el que iba á disertar; ensalzó su labor científica y terminó dándole la más cordial bienvenida y deseándole un feliz éxito, dada la delicadeza del tema que se había propuesto desarrollar.

El joven Blume se levantó. Cesaron, como por ensalmo, las tosecillas y los carraspeos, y el médico comenzó su disertación.

Un breve exordio, pronunciado con voz tremorosa de emoción, dulce y pausada, dispuso en su favor á los auditores, aun á las damas... protestantes.

«Comprendo—decía—la delicadeza del asunto que voy á tratar. Quizá muchos de vosotros vendríaís aquí con cierta invencible prevención. Perdonadme si mi misión es mostraros la incapacidad biológica de la mujer para penetrar en el sagrado recinto de la genialidad.

»¿Qué culpa tengo yo, yo, que no soy más que un nuevo expositor de verdades? ¿Soy culpable de ejercer mi apostolado?... No me culpéis; mas si mis palabras destruyeran vuestras ilusiones, culpad á la Ciencia de la Vida. Yo no soy más que uno de sus servidores, un servidor humildísimo. Digo lo que ella me enseña y me dice.»

La figura de Blume, vestido con traje de etiqueta, se destacaba sobre el fondo rojo del dosel presidencial. Blume hablaba con desenvoltura extrema; sus ademanes, sus gestos llevaban impreso el sello de la naturalidad.

Poco á poco, su voz fué desprendiéndose del temblor inicial. Las palabras salieron precisas, claras, seguras de la garganta. Á ratos se animaba, y entonces el caudal de palabras que emitía producía el sentimiento que causa en el ánimo la

audición de una música guerrera; en cambio, en otros momentos, el tono con que Blume pronunciaba su discurso simulaba una música enervadora, doliente, de notas de lástima y de dolor.

Transcurrió media hora, y en este tiempo Blume desarrolló uno de sus argumentos. Durante este tiempo, el médico no había visto enfrente de sí más que una multitud confusa, en cuya masa no podía discernir el detalle de una sola persona; pero al fin, sus ojos se serenaron, y entonces pudo *fijarlos* y recorrer con ellos las filas de asientos.

En este recorrido Dora se presentó á sus ojos, divina, hermosamente divina. Por un momento decayó el discurso de Blume, decaimiento nacido de la contemplación de la hermosura de Dora.

En el decurso de la oración, el doctor logró dominarse. Sus argumentos, expuestos de manera magistral, eran sólidos, inquebrantables, de rigidez invencible. Pero Blume, á pesar de que había logrado imponer su inteligencia al sentimiento que la visión de Dora despertara en él, no podía separar sus ojos de aquella mujer encantadora. Parecía como si la disertación fuese expresamente dedicada á ella.

Un señor de cabeza venerable, de luenga barba alba y que gastaba gafas de oro, anotó unos cuantos garabatos en una hoja de papel: se trataba, seguramente, de una observación á algún punto expuesto por el disertante.

El final de la conferencia estaba próximo.

«No creo engañaros—decía—si afirmo que el supertrabajo mental de la mujer obra sobre su belleza como un sismo demoledor. La belleza de la mujer es fruto de su conformación espiritual; los «genios» femeninos no existen, y la Historia no nos los muestra en ninguna parte ni en ninguna época. Genialidad y belleza son dos términos incompatibles en el sexo femenino.»

Y el conferenciante, á continuación de estas palabras, dedicó un canto á la belleza de la mujer; cantó á la mujer venusta y madre, á la mujer *sencilla*, nacida para el amor, y terminó diciendo que «el trabajo del hombre y el amor de la hembra son las dos armas con que cuenta la Humanidad para defenderse y para alcanzar el sumo grado de felicidad, ansiado por todos y profetizado sólo por algunos espíritus videntes, para una época no muy remota».

Á estas palabras siguió un ensordecedor batir de palmas.

Los aplausos duraron largo rato. Blume, desde su tribuna, hacía reverencias de gratitud.

Una voz grave, la del presidente, dominó los últimos aplausos.

«¿Hay alguien—preguntó—que desee presentar alguna objeción á las conclusiones del sabio conferenciante?»

Levantóse el señor de cabeza venerable, de luenga barba blanca, que gastaba gafas de oro, y con fuerte voz respondió:

—Yo, señor presidente.

El anciano, en pie, sosteniendo en la siniestra el papel de anotaciones, prosiguió su breve discurso, refutando algunas afirmaciones «atrevidas é hijas de la inexperiencia de la juventud».

Sonaron algunos aplausos; pero Blume, sereno, seguro de sí, contestó brillantemente á los argumentos «gestados al calor del feminismo más anti-científico y... más antifeminista».

La voz del presidente invitó de nuevo á la lucha.

Esta vez fué una voz de mujer la que llegó á todos los oídos. El público expectaba y preguntaba: «¿Quién es?»

Dora, pálida de emoción, se había levantado. Una ovación, estruendosa y sostenida, acogió su actitud de lucha.

En su refutación, invitó á Blume á que probase más terminantemente la incompatibilidad de la belleza y del genio en el sexo femenino; habló de los trabajos que en este sentido realizaran algunos psicólogos y supo exponer oportunamente lo esencial de su labor investigadora.

«El doctor Blume—terminó diciendo—está equivocado en algunas de sus apreciaciones; pero equivocado y todo, lo felicito por su hermosa, por su incomparable disertación.»

Los aplausos se repitieron con más brío; las damas, orgullosas de aquella defensa hecha por una mujer, agitaban, agradecidas, los pañuelos.

La derrota del doctor era segura y vergonzosa.

Hízose silencio. Dora se sentó, y Blume, esforzándose en extender la voz, se dirigió al auditorio.

—Damas... Señores...

Pero el médico, lejos de continuar, quedó suspenso.

El público comenzó á impacientarse; pero al fin, después de aquel silencio excesivamente duradero para el caso, se oyó la voz de Blume, enérgica, vibrante:

—¡Me declaro vencido!...

En todos los rostros se pintó una mueca de asombro. «¡Me declaro vencido!» ¿No habían sido sus propias palabras? ¿No lo había confesado él mismo?... Y la mayoría del público, y luego el público en masa que, por instinto, se hizo cargo de la situación y quizá del móvil de aquella declaración de derrota, rompió en aplausos frenéticos, en delirante expresión de entusiasmo.

II

Comenzó el desfile de gente.

En la sala de descanso quedaron charlando unas cuantas personas: Dora y su madre, la «célebre» escritora Sofia Bax, otras dos damas, el presidente del Ateneo, un joven poeta y Blume.

—¡Admirable! ¡Admirables ambos!—decía el poeta.

—Efectivamente, señores—añadió el presidente—. En mi dilatada vida de ateneísta asistí á una conferencia tan brillante.

—¡Oh! El señor Blume es todo un sabio—dijo Dora.

Y dirigiéndose al médico, añadió:

—Su disertación fué cautivadora. Alcanzó usted un triunfo, un triunfo grandísimo y franco.

—Gracias, Dora; pero yo pienso que mi victoria se la debo á usted en gran parte. El público comprendió, por intuición, que en mi declaración de vencido iba encerrada cierta confesión...

Una onda de sangre acarminó las mejillas de Dora. Ésta, torpemente, preguntó:

—¿Qué confesión, señor Blume?... El público vió en usted al victorioso... Sus aplausos fueron el tributo que pagó al sabio.

Blume estaba emocionadísimo. Miraba á Dora, y Dora le parecía una virgen bella. Aquellos ojos de su «enemiga», aquel rostro perfectísimo, aquella grácil figura le causaba una intensa emoción nunca sentida. Al dirigirse á ella, Blume temblaba, y «sin embargo—pensaba él—este temblor no proviene ni del esfuerzo de esta noche ni del sentimiento del triunfo alcanzado. Tiemblo en presencia de ella, al dirigirme á ella, como temblaba cuando escuché sus objeciones y cuando, paralizado casi, no atiné á responder á sus argumentos».

Á partir del día en que se conocieron, se cruzaron entre ellos unas cuantas cartas.

«Linda «enemiga» —escribía el doctor—: Jamás olvidaré aquella noche, memorable por todos conceptos.

»Cuando reflexiono sobre mi declaración final de fracasado—declaración que hizo más grande la victoria alcanzada—descubro el triunfo del sentimiento sobre la inteligencia. Yo, Dora, después de aquel momento, pensé en lo fácil que me sería re-dargüir los puntos de vista que usted expuso; pero el hecho es que no pude decir entonces nada de lo que sería capaz de decir en otro momento. ¿Por qué? Dora lo sabe, y sino lo sabe, lo adivina.

»He podido decir que la belleza femenina no consiste en lo que generalmente se cree. No es mujer bella la mujer de formas admirables. Biológicamente, hay que sumar á este factor otros más. ¿Que cuáles son? Uno, psicológico: capacidad para amar; otro, anatómico y fisiológico: capacidad para ser madre. He ahí los factores, la trilogía que integra la estética, la natural estética de la mujer.

»¿Quiere usted, Dora, algunas indicaciones á este respecto?

»Las «intelectuales» son con más dificultad *madres* que las mujeres *sencillas*; y cuando, casi milagrosamente, llegan á la maternidad, sus infantes son más miserables, más enclenques que los de las robustas campesinas y que los de las mujeres del pueblo, que se ocupan en labores «propias de su

sexo». Además, ¿ignora usted, Dora, que las *trabajadoras intelectuales* son dueñas de un capital insuficiente, ó nulo, de cariño? En ellas, las arcas del querer están casi vacías, ó vacías del todo.

»Hojee usted sus libros, pues estoy segurísimo que en algunos de ellos encontrará datos que demuestran la verdad de mis afirmaciones.

»Siempre suyo,

L. BLUME.»

Contestación de Dora.

«Mi querido señor Blume:

»Su carta es dura, y yo, como mujer consagrada al estudio, me encuentro comprendida en el número de las anatematizadas por usted. Sea usted, amigo mío, un poquito más indulgente.

»No tuve tiempo de reflexionar sobre el contenido de su carta, pero le prometo dar imparcialmente mi opinión, si es que usted la estima en algo.

»Ni sé ni adivino nada. Debe ser usted un concienzudo explorador de emociones, de los resortes que las hacen estallar y de los muelles misteriosos que las inhiben. Lo que aseguro es que no conozco el *por qué* de aquella declaración final. ¿Será usted tan bondadoso que me lo explique en la siguiente carta?

»Vuelvo á suplicarle que sea un poquito más indulgente con el sexo á que pertenezco.

»Mil gracias de

DORA.»

III

Blume descubrió que se hallaba profundamente prendado de Dora.

En las cartas que él le dirigía, dejaba entrever sus sentimientos; y Dora, que le comprendía á maravilla, no quiso darse por enterada. «Si me ama —pensaba— vendrá á mí, y su amor se encargará de destruir todas las pruebas que lanzó en su conferencia contra nosotras, las mujeres intelectuales.»

El médico abandonó sus estudios á raíz de conocer á Dora. Á pesar de los esfuerzos que hacía, le resultaba completamente imposible apartar de su cerebro aquella visión encantadora. *Veía* á su «linda enemiga» en todas partes y pensaba siempre en ella.

Cuando tomaba de su biblioteca un libro para leer, no distinguía las líneas; lo único que veía era la figura de Dora estampada, como un cromo, sobre las páginas agrisadas del libro. Aquello era una obsesión, una idea entre normal y morbosa. ¡*Ella* en todas partes! ¡La figura de *ella* cromolitografiada en todas las páginas!

Se decidió, al fin, á terminar con aquella situa-

ción de ánimo; pero ¿cómo darle fin? ¿Iría á su casa, á referirle sus propósitos? Indudablemente, era esto, si no lo más correcto, por lo menos lo más acertado.

—Mañana iré á verla y le exigiré una respuesta, y según lo que me diga así procederé. Si acepta mi ofrecimiento, la pediré á su madre; si lo rechaza... ¿Y si lo rechaza?

Y el médico, mientras monologaba de esta suerte, paseaba de extremo á extremo de su gabinete de estudio.

—...Pero—pensaba—soy presa de unos temores pueriles, que tengo que desechar... Esa mujer se dedica al estudio. Luego si mis ideas son ciertas, esa mujer no podrá quererme, ó á lo más, me querría muy poco... Y sin embargo, yo la amo y la deseo por esposa.

In mentis, Blume continuaba su monólogo:

«¿Por qué yo, que siempre condené á esas mujeres, por incapacitadas para al amor y por torcer su carácter natural; por qué yo, pregunto, estoy dispuesto á hacerla mi compañera, si ella consiente?... Porque Dora, lo mismo que todas las demás mujeres de su estirpe mental, son monstruos, verdaderos hermafroditas espirituales.

»*Ella*, ciertamente, es una mujer bellísima, pero cuyo carácter no le pertenece naturalmente; es una *desviada*; y si, según mis arriesgadas creencias estéticas, Dora no es una mujer integralmente bella, entonces ¿por qué la quiero?»

Después de este monólogo, Blume se sentó. «¿Por qué la quiero?», se preguntó de nuevo.

Tomó un cuaderno, en cuya pasta estaba pegado un rótulo blanco que decía: «Notas para un libro sobre la psico-fisiología del amor y del trabajo espiritual en la mujer»; lo abrió, pasó de un golpe multitud de páginas, volvió á pasar más, pero una á una; alcanzó una pluma y escribió, entre otros, estos párrafos:

«Cuando *divinizamos* á una mujer, no nos fijamos muchas veces en que nuestro ídolo pueda ser un monstruo, un aborto de la naturaleza espiritual.

»Sean cualesquiera las ideas estéticas que poseamos, es lo cierto que en la belleza, en la soberana y natural belleza de la mujer existen varios factores, que, si pueden encontrarse unidos en las mujeres *sencillas*, jamás pueden darse en las *geniales*, en nuestras *hembras sabias*. En éstas, todo lo más, y quizá excepcionalmente, existiría únicamente el factor estético de las formas.

.....
» Así se explicarían las modalidades del querer sexual.

» Hay hombres para quienes toda la belleza se reduce á la armonía de las formas, de formas espirituales y celestes, según ellos dicen; otros, en cambio, adoran los caracteres peculiares del sexo, es decir, á la «hembra humana»; y en fin, para una tercera categoría de hombres, el tesoro más

atrayente de la mujer lo constituye un determinado carácter psicológico.

.....
»Para mí, tan sólo la mujer *sencilla* es capaz, dada su organización psico-fisiológica, de sintetizar la suprema belleza, concebida ésta en el aspecto más profundamente biológico. En cambio, en las mujeres abusivamente llamada geniales, jamás se verían reunidos todos los factores estéticos.

.....
»Una vez más insisto en que las mujeres «geniales» son verdaderos monstruos. El espíritu de estas mujeres podrá ser brillante, pero sin llegar á la genialidad. Nosotros, generalmente, las consideramos divinidades, y de ellas podría decirse lo que de la estatua de Júpiter Olimpo...»

.....
Así que concluyó de escribir, se levantó y se asomó al balcón del gabinete. Era ya noche. Hasta él no llegaban más impresiones que el murmurio del torbellino andante de la urbe y el escintileo de unas cuantas, pocas estrellas.

IV

Al siguiente día, Blume salió de su casa completamente decidido á entrevistarse con Dora. La noche anterior apenas si había podido pegar pár-

pado. Filosofó muchas horas, horas robadas al sueño, ó mejor, que el sueño había buenamente cedido á la Filosofía.

Hacia casa de Dora se encaminó, con el firme propósito de resolver «su problema». Aquella tarde ya sabría á qué atenerse.

—¿La señora?—preguntó Blume á la servidora que salió á abrirle la puerta.

—La señora ha salido.

—¿Puedo ver entonces á la señorita Dora?

—La señorita, sí, está en casa; pero no recibe.

—No importa... ¿Me haría usted el favor de entregarle mi tarjeta?

Y al tiempo que esto decía, sacó una cartulina de su tarjetero y se la entregó á la muchacha.

No tardó Blume en recibir la respuesta. La señorita Dora lo recibiría.

El médico pasó al gabinete de estudio de Dora.

Se encontró solo, y para entretener mejor los minutos de espera, se puso á examinar, á través de los cristales de una gran librería de nogal, los títulos de las obras en ella guardadas. Allí había de todo: libros de filosofía, novelas, obras de biología y de medicina.

Sobre la mesa de despacho había un sinfín de cuartillas escritas y unos cuantos libros.

Un gesto de vanidad apareció en el rostro de Blume. Había visto uno de sus libros, publicado hacía tres años.

Pasó rápidamente las páginas de aquel libro,

tan conocido de él, y al final, en un espacio claro, de extensión aproximada de la mitad de la página, leyó estas palabras escritas con lápiz:

«Tuve el gusto de tratar al autor de este libro la noche del... (aquí la fecha). El joven doctor Leo Blume es ya un sabio, y la ciencia puede esperar mucho de él. Yo no encontré, hasta ahora, un hombre que, á su edad, lo igualara...»

No tuvo tiempo el médico de terminar la lectura, porque Dora entró en el gabinete. Vestía sencillamente, sin esa coquetería tan peculiar de casi todas las mujeres jóvenes.

—Perdone usted, Leo, si le hice esperar algunos minutos.

Y viendo al joven con un libro en la mano, preguntó:

—¿Se entretuvo usted en examinar mi biblioteca?

—Está usted perdonada...

Y añadió algo confuso:

—Sí; examinaba el título de algunas obras.

Dora se sentó en un sofá é invitó á Leo á tomar asiento en la butaca próxima.

—Seguramente—inició el doctor—ignoraré usted el motivo de mi visita.

—Hable usted, amigo mío.

Y como Blume guardase silencio, insistió en tono dulce:

—Hable usted.

—¿Se acuerda usted de aquella noche?... Supon-

go que no se le habrá escapado á usted la impresión...

—Recuerdo muy bien, Leo, pero ignoro todavía la naturaleza de la impresión de que usted habla.

—Es fácil de adivinar... Además, mis cartas... ¿no comprende usted?

—No tal, Leo.

—Es usted demasiado cruel.

Y después de unos segundos de indecisión, preguntó:

—¿No amó usted nunca?

—Nunca—respondió Dora con firmeza.

—¿La amaron á usted?

—Lo ignoro. Sólo puedo decir que tuve algunos pretendientes á quienes no hice caso. Mis ocupaciones eran mucho más agradables que el amor... sin amor... Porque yo no amé á nadie, ¿sabe usted, querido amigo?

—Pues yo vengo á decir á usted que la amo.

—Y yo, ¡ja, ja! no sé lo que es amor.

Blume quedó anonadado. ¿Qué podría decir ya á aquella mujer de nieve que no amara nunca y que, quizá, quizá, fuera incapaz de amar?

Ella comprendió el aprieto del médico, y le animó.

—¡Vamos á ver, Leo! Usted me ama y yo mentiría si dijera que lo amaba; pero...

—¿Llegará á amarme?—interrumpió vivamente el doctor.

—Puede ser.

—Entonces, ¿permitirá usted que siga adelante en mi empeño?

—¿Qué empeño?

—Pedir á su madre de usted que consienta en nuestra boda.

Dora calló. Sus cejas se arrugaron, inclinó ligeramente la cabeza, y su mirada, declinante, se fijó en un detalle, dibujo de la alfombra.

—Bueno—contestó—. Si he de querer á un hombre, ese hombre será usted, ¡lo aseguro!

La madre de Dora no tardó en llegar. Blume la saludó con cierta timidez y Dora la besó en la frente.

—Mamá, el señor doctor Leo Blume, á quien ya conoces, tiene que hacerte una súplica.

—¿Qué súplica, hija?

—Señora—dijo él—; vengo á pedir á usted la mano de su hija.

—Sí, mamá—dijo ella alegremente.

—¿Tú lo amas?—preguntó la madre.

Esta pregunta hizo que el rostro de Blume se encendiera.

—Sí, le amo.

La respuesta hizo pensar á Blume: «¡Cómo miente!»

.
Aquella noche, Dora vió, en sueños, á Leo y á Dora coronados de gloria. Sus nombres iban enlazados á descubrimientos prodigiosos, á maravillas nunca vistas. Él y ella eran los reyes de una estir-

pe de aristocracia intelectual. Recorrian en triunfo el mundo entero. Los sabios de todas partes los admiraban, y en boca de todas las gentes vibraban sus nombres, enlazados, si no por suspiros de amor, por algo más sublime que el amor mismo.

Y la misma noche, mientras Dora soñaba con una corona de eterna gloria ceñida á las sienes de los esposos, él se repetía este pensamiento. «Será una mujer de hielo, pero es venustísima. Ya le infundiré yo el calor necesario y la transformaré en una mujer integralmente hermosa.»

V

Los tres primeros años de desposados los pasaron en España; pero luego, á instancias de ella, se trasladaron á una importante ciudad italiana, en cuya universidad su padre desempeñaba el cargo de profesor.

Dos años más vivieron bajo el mismo techo; y si en el lustro que llevaban de casados no tuvieron ningún disgusto de los corrientes, eso no quiere decir que fueran felices. Al contrario, Dora estaba apesarada porque Leo había perdido sus hábitos de estudio, y Leo, por su parte, estaba arrepentido

de su matrimonio, pues su mujer seguía siendo la mujer de antaño.

Dora trabajaba sin descanso. Desde la fecha de su boda había publicado dos libros más y un sinnúmero de artículos. Además, hacía unos meses que había sido nombrada profesora libre del Liceo.

Una mañana, Leo, de vuelta de acompañar á su mujer al Liceo, púsose á reflexionar sobre su vida, vida sin amor, sin caricias de mujer.

El cariño que Leo profesaba á Dora fué extinguiéndose poco á poco. Dora no era una *mujer*; y como las tendencias del sexo no tenían trazas de florecer en ella, el querer del doctor feneció un día.

Porque al médico le faltaba el estímulo del trabajo, el amor, se sintió fracasado para siempre. El entusiasmo de antaño había desaparecido; abúlico ahora, no contaba con fuerzas para imponerse y proseguir su pasada labor, brillante y por todos celebrada. Vivía con el cerebro inactivo, con la inteligencia en ruinas, y ¿quién sería ya capaz de recomponer aquel edificio ruinoso de su mente?... ¡Sólo la misma fuerza cuya anemia provocara el terrible desmoronamiento!

En la memoria de Blume surgía con frecuencia un recuerdo de hacía poco más de dos años. Hacía poco más de dos años — antes de trasladarse á Italia — que Blume se encontraba en trance de muerte. Una enfermedad infecciosa aguda, contraída por contagio en el hospital, le obligó á guardar cama durante un mes.

Durante este tiempo, Dora apenas lo cuidaba, desempeñando el papel de enfermera una hermana de la caridad. Dora estaba entonces muy atareada en repasar un voluminoso manuscrito, próximo á publicarse, y en corregir después las pruebas de imprenta. Visitaba á su marido dos ó tres veces durante el día, visitas cortas, de minutos; pero ni una sola noche quedóse á velarlo.

Cuando Blume pudo levantarse, decidió pasar la convalecencia en una *villa* que poseía en un rincón de la costa levantina. Fué solo, pues su mujer, á causa de sus tareas, no pudo acompañarle.

En la *villa* conoció á una zagala hermosa, no de la hermosura espiritual de Dora, sino de belleza más material, más *humana*.

La muchacha, sirvienta en la *villa*, cuidaba solícita á su señor. Blume se interesó por ella, y una tarde, en que la encontró á la sombra de los naranjos del huerto marcando un pañuelo, se atrevió á hablarle de amor. Laura, la zagala, se puso roja de vergüenza.

—El *señor* no puede quererme á mí, que no fui educada en el pueblo. Además, el *señor* es casado.

Blume, á su vez, se puso colorado. «¿Casado y sin mujer?», pensó.

—Es verdad, Laura. Estoy casado, pero... no hallé en ella lo que desea todo hombre.

—Señor, usted bromea.

—Mi palabra de que digo verdad, niña.

Á partir de aquel día, Laura se ruborizaba siempre que se encontraba en presencia de su *señor*. El señor era bueno y guapo; además, ¡le hablaba siempre de una manera!...

Cuando el señor salía de paseo, ella, Laura, no podía contenerse sin seguirlo con los ojos, hasta que se perdía entre las frondas del naranjal; y cuando el señor le hablaba, su voz le parecía el canto de una dulzaina. «¿Querré al señor?», musitaba algunas veces.

Y un día sucedió lo inevitable en estos casos. Leo, sediento de goces—de goces que nunca había saboreado como se debe en su tálamo nupcial—, dió un beso á Laura. Ésta le rechazó suavemente; pero él, deseoso de amor, insistió, y ella, vencida por el estremecimiento en lo «nunca sentido», cedió...

Transcurrieron dos meses más, y cuando el médico, ya repuesto, abandonó la *villa*, ella lo despidió llorando, y él, llorando también, le prometió volver y nunca olvidarla.

Esta historia se apareció á la mente de Leo cuando, de vuelta de acompañar á su esposa al Liceo, se encontraba en su despacho.

—¡Laura, Laura! Tú eres la *verdadera* mujer; la otra, Dora, es un aborto monstruoso.

Y así pensando, esperó que su mujer regresara. Estaba decidido á marcharse de Italia, á volver á España para ver á *su* Laura, más *suya* que Dora, pues ésta no le pertenecía.

Al regresar Dora del Liceo, su marido le dijo secamente:

—Me marchó.

—¿Adónde vas?

—Marchó de Italia.

—Pero volverás pronto, ¿no es así?... Yo no puedo acompañarte.

—Sí... volveré pronto... dentro de unos meses.

—¿Escribirás?

—Escribiré—contestó, displicente, Leo.

VI

Una fría noche del mes de Enero se reunieron en casa de la escritora Sofía Bax las figuras más salientes de la intelectualidad. La señora Bax se proponía leer una comedia, de la que era autora.

—Tengo que dar á ustedes una noticia—dijo la señora Bax á sus invitados.

—¿Qué?—preguntaron á un tiempo unas cuantas voces.

—¿Á que no la esperaban ustedes?...

—¡La noticia!—pidieron muchos de los concurrentes.

—Pues, señores—dijo la escritora célebre—, hoy

saludé al doctor Blume. Le vi en la calle acompañado de una mujer y de un niño.

—¿Nada más?—preguntó una voz.

—Sí—respondió la escritora—. Charlamos un momento. Me presentó á su acompañante en estos términos: «He aquí una mujer... mi verdadera mujer.»

—¿Y Dora?—preguntaron.

—Nada me habló de ella, ni nada le pregunté.

—¡Qué triunfo aquél hace cinco años!—exclamó el anciano presidente del Ateneo, que se contaba entre los concurrentes.

—¡La comedia! ¡La comedia! ¡Que se lea esa joya!—pidió la concurrencia.

—Ahora mismo—contestó la escritora haciendo un gesto de vanidad.

EL AGUA

Una excursión bella y sugestiva es perseguir, á través del éxodo eterno de la materia la diminuta gota de agua que, en un momento solemne, contribuye á laborar los pensamientos, los ideales más grandes de la vida del hombre.

Esa gotita insignificante latirá un día en las sienas del músico, del poeta, del filósofo; más tarde, correrá por el pequeño arroyuelo que surca el valle; luego ascenderá, y al declinar del día, esa pequeña esfera líquida, acompañada de más hermanas, quebrará la luz del Sol y producirá el espectro rojo ó púrpura que observamos al Poniente. Pero no para aquí su eterno vagar. Mañana caerá sobre el pico de la montaña; resbalará suave, por la vertiente; en medio de copos de espuma, se precipitará sobre el lecho rocoso de la cascada; y al fin, la raíz de una hierba la sacará de la porosa cárcel del suelo. Y luego, siempre inquieta, mo-

vediza siempre, penetrará en nuestras venas, se moverá en nuestra sangre, trabajará en nuestra cabeza, para volver después á iniciar su larga peregrinación á través de la vida y de la muerte.

¿Qué nubes son esas que obscurecen el cielo? ¿De dónde habrá venido ese vapor que se cierne sobre nuestras cabezas y que besa, silencioso, la cruz que corona la cúpula del templo?... Quizás vayan allí, formando la agrisada nube, multitud de gotas que en su día habrán trabajado en la cabeza de Shakespeare ó en el alma de Kant ó de Newton... Á esas gotitas, el frío las hará caer, y vendrán á fecundar las espigas, los lirios, las semillas; y gracias á esto, ¿no podremos, quizá, decir que llevamos en nuestros corazones y en nuestras cabezas una *partícula*, un *pedazo* de los grandes sentimientos y de las inteligencias grandes? ¿Acaso no habrán pensado en esto los hombres, para hablarnos de transmigración de almas, de metempsicosis?

El agua—que existe en la proporción de 82 por 100 en la substancia gris del cerebro y de 68 por 100 en la substancia blanca— es necesaria para el trabajo de esos dédalos vivos llamados «celdillas nerviosas» y para que los hilos nerviosos transmitan sus ondas y ritmos. Cuando disminuye la cantidad de agua en las celdillas y nervios, como acontece, por ejemplo, en el cólera y en el catarro intestinal de los niños de pecho, estallan convulsiones, se presentan rigideces de los miem-

bros, etc. Y ¿no parece extraño que el agua, ese líquido que, á fuerza de manejarlo á diario, lo miramos con indiferencia, gobierne también los sentimientos, y la conciencia, y la imaginación? ¡Qué extraño parece, y qué cierto es, que el agua intervenga en las funciones del alma!

Desde luego, existe cierta relación entre el trabajo desarrollado por un órgano y la cantidad de agua que contiene. Las celdillas que más activamente comercian con el medio, son precisamente las más ricas en agua; el hueso y el cartilago, cuyo comercio es muy pobre, contienen muy poca agua; en cambio, el riñón, la substancia gris del cerebro, etc., que trabajan activamente, poseen un considerable capital acuoso.

De la misma manera que en los hogares de la industria se producen escorias, en los hogares vivos también se originan «cenizas». Estas cenizas provienen del desmoronamiento que el agua y el oxígeno hacen experimentar á las substancias que constituyen las celdillas del organismo; y para alejar las escorias producidas en el hogar de la vida, para evitar que lo envenenen y maten, el agua las barre y las arrastra lejos.

Un célebre químico, á quien la ciencia es deudora de muchas conquistas, ha dicho que todo organismo se halla *sumergido en una vía de agua corriente*. La escasez de agua, ó por el contrario, su anormal exceso, hacen padecer el funcionamiento de la máquina viva; y la celdilla nerviosa, la más

delicada de todas, la más susceptible, es también la más lastimada por la pobreza ó abundancia de agua.

Indudablemente, el agua es uno de los principales resortes de la vida y del pensamiento.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
LOS ORÍGENES DE ESTE LIBRO..	v
I.—Extraviada dirección de la Psicología.	11
II.—Diversas vías por las que puede llegarse á demostrar la pobreza mental de la mujer.—Pruebas suministradas por la Anatomía.	32
III.—Pruebas sacadas del examen de la sensibilidad.—El Dolor..	61
IV.—Antagonismo entre las funciones sexual y cerebral.—Pruebas sacadas de la Fisiología y explicación fisiológica de la pobreza mental del sexo femenino.—El pelo y la inteligencia.	110
V.—Profesiones geniales y ageniales.—La mujer y las profesiones.	151
VI.—Progreso y locura.—Feminismo y degeneración.	164
VII.—Es cuento, pero pudiera ser historia..	176
El agua..	203

Obras publicadas á UNA peseta el tomo

- Malato.—*La gran huelga*. 2 t.
 Marx (Carlos).—*El capital*.
 Matto de Turner (Clorinda).—*Aves sin nido* (novela peruana).
 Max Halbe.—*Juventud* (drama).
 Max Nordau.—*El mal del siglo*. 2 t.
 Id.—*Las mentiras convencionales de la civilización*. 2 t.
 Id.—*Matrimonios morganáticos*. 2 tomos.
 Id.—*La comedia del sentimiento*.
 Max Stirner.—*El Único y su propiedad*. 2 t.
 Mazzini.—*Deberes del hombre*.
 Merejkowski.—*La muerte de los dioses*. 2 t.
 Id.—*La resurrección de los dioses*. 2 t.
 Id.—*El Anticristo (Pedro y Alejo)*. 2 t.
 Mèrimée.—*Los hugonotes*.
 Id.—*Cosus de España*.
 Merlini.—*¿Socialismo ó Monopolismo?*
 Michel (Luisa).—*El mundo nuevo*.
 Mirbeau.—*Sebastián Roch (La educación jesuítica)*.
 Id.—*El abate Julio*.
 Mitjana.—*Discantes y contrapuntos*.
 Id.—*En el Magreb-el-Aksa*.
 Moebius.—*La inferioridad mental de la mujer*.
 Moleschot.—*La circulación de la vida*. 2 t.
 Morote.—*Pasados por agua*.
 Id.—*Rebuño de almas*.
 Id.—*La Duma (Segunda parte de Rebuño de almas)*.
 Id.—*La conquista del Mogreb*.
 Id.—*De la Dictadura á la República*.
 Nákens.—*Horrores del absolutismo*.
 Naquet.—*La Anarquía y el Colectivismo*.
 Id.—*La Humanidad y la Patria*.
 Nietzsche.—*Así hablaba Zaratustra*.
 Id.—*La genealogía de la moral*.
 Id.—*La Gaya ciencia*.
 Id.—*El Anticristo*.
 Id.—*Aurora*.
 Id.—*El caso Wágner*.
 Id.—*El crepúsculo de los ídolos*.
 Id.—*Más allá del bien y del mal*.
 Id.—*El origen de la tragedia*.
 Id.—*El viajero y su sombra*.
 Id.—*Humano, demasiado humano*.
 Nin Frías.—*Ensayos de crítica é historia*.
 Octavio Picón.—*Drama de familia*.
 Palacios.—*Las universidades populares*.
 Palomero.—*Su Majestad el hombre*.
 Pedrell.—*Musicalerías*.
 Pérez Arroyo.—*Cuentos é historias*.
 Petronio.—*El satiricón*.
 Pío Baroja.—*El tablado de Arlequín*.
 Poe (Edgardo).—*Eureka*.
 Prat.—*Crónicas demoledoras*.
 Praycourt.—*La moral del cura*.
 Proudhon.—*¿Qué es la propiedad?*
 Rafanelly (Leda).—*Un sueño de amor*.
 Reclús.—*Evolución y revolución*.
 Id.—*La montaña*.
 Id.—*Mis exploraciones en América*.
 Id.—*El arroyo*.
 Renán.—*Estudios religiosos*.
 Renán.—*El porvenir de la ciencia*. 2 t.
 Id.—*El Anticristo*. 2 t.
 Id.—*La iglesia cristiana*.
 Id.—*Los Evangelios y la segunda generación cristiana*. 2 t.
 Id.—*Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo*. 2 t.
 Id.—*Averroes y el averroísmo*. 2 t.
 Rizal.—*Noli me tângere (El país de los frailes)*.
 Robert.—*Los cachivaches de antaño*.
 Rochefort.—*La aurora boreal*.
 Rodó (José Enrique).—*Ariel*.
 Rodríguez Mendoza.—*Vida nueva*.
 Rhoïdis.—*La Papisa Juana*.
 Rojas.—*El alma española*.
 Ruberg.—*Singoala*.
 Salinas.—*Los satíricos latinos*. 2 t.
 Seralo (Matilde).—*¡Centinela, alerta!*...
 Schopenhauer.—*El amor, las mujeres y la muerte*.
 Id.—*La libertad*.
 Id.—*Fundamento de la moral*.
 Séverine.—*Páginas rojas*.
 Id.—*En marcha...*
 Sorel.—*El porvenir de los Sindicatos Obreros*.
 Id.—*La ruina del mundo antiguo*.
 Spencer.—*Origen de las profesiones*.
 Id.—*El individuo contra el Estado*.
 Id.—*Creación y evolución*.
 Id.—*Educación intelectual, moral y física*.
 Id.—*Estudios políticos y sociales*.
 Id.—*La religión: su pasado y su porvenir*.
 Id.—*La Justicia*.
 Strauss.—*Estudios Literarios y Religiosos*.
 Id.—*La antigua y la nueva Fe*.
 Sudermann.—*El camino de los gatos*.
 Id.—*El deseo*.
 Id.—*Las bodas de Yolanda*.
 Id.—*El molino silencioso*.
 Id.—*La mujer gris*.
 T. J.—*La pintura en Italia*.
 Id.—*Viaje por Italia*. 3 t.
 Id.—*Filosofía del Arte*. 2 t.
 Id.—*Los filósofos del siglo XIX*.
 Id.—*Los orígenes de la Francia contemporánea*. 2 t.
 Tchekhov.—*Vanka*.
 Teniente O. Bilse.—*Pequeña guarnición*.
 Tolstoi.—*La verdadera vida*.
 Id.—*La guerra ruso-japonesa*.
 Id.—*La escuela Yasnaïa-Poliána*.
 Ugarte.—*Visiones de España*.
 Id.—*El Arte y la democracia*.
 Id.—*Las nuevas tendencias literarias*.
 Urquijo.—*De mi cartera*.
 Id.—*Películas*.
 Vandervelde.—*El colectivismo*.
 Voltaire.—*Diccionario filosófico*. 6 t.
 Wágner.—*Novelas y pensamientos*.
 Zoia.—*El mandato de la muerte*.
 Id.—*Cómo se muere*.
 Zoydes.—*Pobreza y descontento*.—H. George.—*La condición del trabajo*.
 Zozaya.—*El huerto de Epicteto*.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

- González Peña (Carlos).—*La chiquilla*.
Posada (Adolfo).—*Autores y libros*.
Morayta (Miguel).—*¡Aquellos tiempos!*
Vasseur (Armando).—*Origen y desarrollo de las instituciones occidentales*.
Torres (Carlos Arturo).—*Idola Fori*.
Talero (Eduardo).—*Ecós de ausencia*.
Zozaya (Antonio).—*El libro del saber doliente*.
Gorki (Máximo).—*Escritos filosóficos y sociales*.
Id. —*Los bárbaros* (drama).
Id. —*Los hijos del Sol* (drama).
Soiza Reilly (Juan José de).—*El alma de los perros*.
Prat (José).—*La Burguesía y el Proletariado*.
Hugo (Víctor).—*William Shakespeare*.
Chamberlain (John).—*El atraso de España*. (Traducción de Cazalla.)
-

OBRAS DE CARMEN DE BURGOS

- La cocina moderna (Contiene más de 800 fórmulas).—UNA PESETA.
Arte de saber vivir (*Prácticas sociales*).—UNA PESETA.
Modelos de cartas.—UNA PESETA.
Salud y belleza (*Secretos de higiene y tocador*).—UNA PESETA.
Cuentos de Colombine (*novelas cortas*).—TRES PESETAS.
-

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

- Voltaire.—*La Doncella* (1 tomo). Una peseta.
Casanova.—*Amores y Aventuras* (1 tomo). Una peseta.
Apuleyo.—*El Asno de Oro* (La Metamorfosis) (1 tomo). Una peseta.
Longo.—*Dáfnis y Cloe* (1 tomo). Una peseta.
Cuentistas italianos.—*Obras galantes* (1 tomo). Una peseta.
-

César Puig y Lázaro Mascarell

Tribunales industriales.—Accidentes del trabajo

Compilación total y ordenada de las disposiciones dictadas sobre dichas materias, más la jurisprudencia del Tribunal Supremo referente á las mismas y numerosos formularios. Anotado y concordado. Extenso comentario y aclaraciones á la Ley de Tribunales industriales escrupulosamente cotejadas con los textos legales, y la sentencia del primer Tribunal industrial. Indices de materias, cronológico y alfabético.

Un tomo en 4.º de 300 páginas: DOS pesetas